

# Ab imo pectore

## Manuela Caparrós

Profesora de Filosofía

«El mal no tiene límites pero no es infinito.  
Sólo lo infinito limita a lo limitado»

Simone Weil

ES PÚBLICA Y NOTORIA LA ANIMADVERSIÓN que Nietzsche profesaba a los filósofos tradicionales, especialmente hacia la figura de Sócrates, al que acusaba de haber iniciado una tradición que pervertía el pensamiento occidental de raíz y que ha tenido como consecuencia el empobrecimiento de un mundo que podía haber sido rico, cambiante, diverso y auténtico, encerrándolo en conceptos escleróticos, definitivos y, por ende, estáticos y limitados.

Con la «mímica del sepulturero» —afirma el pensador alemán en *El crepúsculo de los ídolos*— los filósofos han enterrado lo real para proclamar como real aquello que no es más que la pura invención de su razón.

Dirán ustedes, y no sin cierta razón, que a qué viene todo esto y qué tiene que ver con la cuestión que nos ocupa. Siempre he huido de las etiquetas, precisamente por lo que de empobrecedor tiene su idea, por la aniquilación automática del cambio —entendido como devenir, crecimiento, paso de potencia a acto, en sentido aristotélico en suma—, de «salirse del tiesto», de disentir o de «romper la disciplina de partido». Me incomoda la posibilidad de «no estar a la altura» y me disgusta la obligación de «tener que estar a la altura»; pero también es cierto que necesitamos definir, conceptualizar, aún a riesgo de mermar, para saber de qué estamos hablando, a qué

causa nos estamos adhiriendo cuando hablamos de feminismo.

Ser feminista no es otra cosa, no tiene para mí otro sentido que el de pensar, sentir, vivir y vindicar la idea de que las mujeres somos personas, —no hay más, así de simple, o de complejo—, y que debemos ser reconocidas como tales de hecho y de derecho.

Puede que esto resulte algo evidente, redundante, obvio, pero no lo es en absoluto. El término «persona» no es sinónimo de individuo, ni de yo, ni de sujeto. La idea es mucho más rica y más amplia que todas las anteriores: proviene del término griego *prósopon*, vocablo que designaba las máscaras que en el teatro utilizaban los actores y que más adelante y por extensión pasó a nombrar al actor mismo —que no a la actriz, puesto que en la época clásica este oficio estaba vetado a las mujeres—; en latín éste derivó hacia el verbo *personare*, que ya implica una acción y que significa «sonar a través de algo», así que el concepto de persona procede del de la máscara que construía el personaje y del sonido que éste profería. Sin representación no hay persona, sin invención, sin espectáculo, sin imaginación y sin voz, la persona queda erradicada. Tanto en latín como en griego el término se transfirió al ámbito filosófico y al teológico, llegando después al jurídico para designar al ser

88

humano en oposición a las cosas y animales. Existe pues en el término «persona» una conciencia de su existencia como ser humano que busca su realización plena. Dicho esto, creo que es evidente que no es una obviedad ni una evidencia que las mujeres sean personas si no se las reconoce como ciudadanas.

Aclarado qué es ser feminista y qué ser persona, cabría pensar que nadie, ante una definición tan simple y tan sencilla, tan clara y tan radical, podrá proclamarse en contra de esta idea, podrá ser no feminista, no al menos en voz alta, pues no queda un resquicio por el que quepa una justificación digna para defender que es legítimo desposeer de sus derechos civiles, políticos, sociales, económicos, culturales y reproductivos a las mujeres. Eso sería deshumanizarla, considerar que efectivamente no es una persona, y negar esos derechos no es sino eso, negar la posibilidad de vivir dignamente, como un ser humano y no como un animal. Pero está claro que el feminismo es necesario, imprescindible, precisamente porque hemos forjado una humanidad basada en la discriminación de un sexo sobre otro, en la desigualdad, que no en la diferencia; de ahí la necesidad de un feminismo con trescientos años de historia al que hay que reconocerle unos logros extraordinarios en favor no sólo de la mujer, de ella fundamentalmente, pero también del hombre, de la vida genuinamente humana, cultivada y construida sobre la ética y no sobre la barbarie.

La primera ola del feminismo pelea para la mujer los derechos civiles y políticos, reconocidos como Derechos Humanos de primera generación, reivindicados en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano tras la Revolución Francesa y en la Carta de Derechos de los Estados Unidos de América, pero que dejaba fuera a la mitad de la población. Adivinen cuál, con toda su Libertad, Igualdad y Fraternidad; suerte que Olimpe de Gouges les enmendó la plana redactando la Declaración de los Derechos de

**«Ser feminista no es otra cosa, no tiene para mí otro sentido que el de pensar, sentir, vivir y vindicar la idea de que las mujeres somos personas, —no hay más, así de simple, o de complejo—, y que debemos ser reconocidas como tales de hecho y de derecho.»**

la Mujer y la Ciudadana, aunque este atrevimiento le costase subir al patíbulo sin haber logrado subir al estrado. Poco después, el Código de Napoleón —Código Civil Francés, pero que se va a extender por toda Europa— dejó a las mujeres sin derechos civiles y políticos, pero la mecha estaba prendida...

Elisabeth Cady Stanton se encargó de dar forma, poco después, en 1848, a la Declaración de Seneca Falls, en la que 68 mujeres y 32 hombres se enfrentaron a las restricciones políticas y económicas que sufrían las mujeres —blancas y burguesas, eso sí—, exigiendo el reconocimiento de los derechos civiles para las mismas. Esta segunda ola del feminismo consigue entre otros logros, y gracias al movimiento sufragista, el derecho al voto para las mujeres, que irá obteniéndose en distintos países y que aún no ha concluido, a pesar de que en 1948 se proclamara la Declaración Universal de los Derechos Humanos que reconoce, entre otros, el sufragio femenino como un derecho universal.

Los derechos humanos de segunda generación, relacionados con la equidad entre los seres humanos, son fundamentalmente sociales, económicos y culturales en su naturaleza, y comenzaron a ser reconocidos tras la Primera Guerra Mundial en algunos lugares, pero tampoco en todos y para todos. Constituyen una obligación de los Estados y se centran fundamentalmente en mejorar las condiciones de vida de las personas: salud, educación, trabajo digno, integración en la vida cultural... Creo que salta a la

vista la necesidad acuciante de una nueva actuación del feminismo que en esta ocasión ha de centrar sus reivindicaciones en la desigualdad no oficial entre hombres y mujeres, porque convendrán ustedes en que esta mejora de las condiciones de vida y este reconocimiento por parte de algunos Estados de determinados derechos sociales no se aplica de forma ecuánime a hombres y mujeres, entre otras cosas porque va íntimamente ligada a leyes no vinculantes. De poco sirve el reconocimiento de la libertad si no hay liberación.

Esta tercera ola del feminismo tiene como precedente la publicación en 1963 de *La mística de la feminidad* —aunque ya en 1949 Simone de Beauvoir había vuelto a remover conciencias con *El segundo sexo*—, donde Betty Friedan pone nombre al problema que no tiene nombre: las mujeres viven insatisfechas a pesar de los logros conseguidos. Aparece así el feminismo liberal, que describe la situación como una desigualdad, no como una opresión o explotación, y llama a luchar por esa igualdad también en el ámbito de lo privado. La inserción en el mercado laboral sigue distando mucho de ser paritaria, las mujeres se encuentran a años luz de ostentar puestos de poder y, aunque se han logrado derechos, ¿qué pasa en el ámbito de lo privado? Violencia de género, desigualdad en el reparto de tareas, explotación económica... Algo que no estamos viendo está minando los esfuerzos y está dando al traste con el proyecto. Surge también el feminismo radical, el que ahonda en la raíz del problema para intentar resolverlo, y esta raíz no es sino el patriarcado, ese sistema de dominación del hombre sobre la mujer que se produce en todos los ámbitos y que de forma tan sibilina se halla en la entraña misma de la sociedad.

Hemos llevado a cabo movilizaciones con grandes protestas públicas, el trabajo de sensibilización es cada vez mayor, se han creado espacios propios como centros de mujeres maltratadas, centros de defensa personal, centros ginecológicos

que atiendan a la salud de la mujer. Es indudable el trabajo que se ha hecho, podríamos seguir hablando y podíamos eternizarnos haciendo historia del feminismo, aunque ahora toca revisar lo trabajado, analizar los logros pero hacer una autocrítica que verdaderamente sea constructiva.

¿En qué punto estamos? ¿Qué frentes hay abiertos? ¿Podemos dar por concluida y superada alguna tarea? ¿Nos estamos convirtiendo en nuestro peor enemigo, perdiendo el norte en clasificaciones y soslayando lo verdaderamente importante? ¿No estaremos cayendo en la trampa maquiavélica que responde al aforismo «que todo cambie para que todo siga igual»? Quizá sería oportuno echar un vistazo a la historia y recordar que las grandes batallas, así, en general, ganadas por los tiranos, no las ganaron ellos realmente, sino que más bien las perdieron quienes se distrajeron del objetivo real y se enzarzaron en luchas internas por la razón y el liderazgo. Tenemos un feminismo liberal que habla del empoderamiento de la mujer, que busca la igualdad de derechos entre hombre y mujer y que se enfrenta a un feminismo radical que orienta su praxis hacia la ruptura del sistema patriarcal en que vivimos.

Estamos tomando conciencia del error cometido por el feminismo al homogeneizar a la mujer, como si hubiera un solo patrón, como si todas fuésemos iguales a pesar de ser diversas y múltiples las circunstancias y los condicionantes que modelan nuestras vidas y que nos hacen auténticas, como si todas compartiésemos y viviésemos de igual modo nuestra sexualidad, nuestra religiosidad, nuestra identidad nacional, nuestra manera de ser y estar en el mundo en definitiva. Surgen así infinidad de feminismos para corregir este error y dependiendo de las necesidades de cada tipo de mujer nos perdemos en Ecofeminismos, Transfeminismos radicales, Teorías Queer, Feminismos Utópicos, Feminismos Negros y tantos más...

**«¿En qué punto estamos? ¿Qué frentes hay abiertos? ¿Podemos dar por concluida y superada alguna tarea? ¿Nos estamos convirtiendo en nuestro peor enemigo, perdiendo el norte en clasificaciones y soslayando lo verdaderamente importante? ¿No estaremos cayendo en la trampa maquiavélica que responde al aforismo «que todo cambie para que todo siga igual»?.»**

91

Profesionalizar la ética no es el camino, y el feminismo es una cuestión ética, no podemos olvidarlo. No se trata de abrirse paso a codazos en un mundo que ha sido diseñado sin contar con nosotras y, por lo mismo, tremendamente injusto desde la raíz; no tiene sentido querer a toda costa formar parte de un proyecto que nos excluye precisamente por estar cimentado sobre la desigualdad y con el que no podemos ni debemos identificarnos. Ha llegado el momento de construir un nuevo sistema que esta vez sí integre a todos los seres humanos. El sistema que tenemos es el que es, pero como construcción humana y no natural es mutable, susceptible al cambio; no es la *Physis*, sino el *Nomos*. Y no, no es un deseo cándido, romántico ni ingenuo, con eso no vamos a ningún lugar y es necesario seguir avanzando, es posible. Caminando es como se construye, y de eso se trata. ¿Se han fijado ustedes en que las únicas palabras con sentido propio que no tienen género son los verbos? Aquellas que indican acción: actuar, exigir, formar, conocer, descubrir, acceder,

movilizar, compartir, volar, sentir, legislar, cualificar, mover, discernir, ampliar, crear... La clave es la acción, la acción y el reconocimiento efectivo y real de todos los seres humanos como personas, *ab imo pectore*, desde el fondo del pecho, del corazón, con toda franqueza y verdad. —